

Viaje a Italia

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: Roma, por la vía del Mont-Cenis, ca. 1920, cartel publicitario del ferrocarril París-Lyon-Mediterráneo © rawpixel

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Del prólogo, Juan Claudio de Ramón

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-75-1

Depósito legal: M-3.505-2025

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Leandro Fernández de Moratín

VIAJE A ITALIA

Prólogo de
Juan Claudio de Ramón

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

Prólogo: Moratín, granturista,
por Juan Claudio de Ramón 9

Nota de los editores 15

VIAJE A ITALIA

Viaje a Italia 1.º
*Dover, Ostende, Bruselas, Colonia, Fráncfort, Friburgo,
Schaffhausen, Zúrich* 17

Viaje a Italia 2.º
Lucerna, Lugano, Milán, Parma, Bolonia, Florencia 43

Viaje a Italia 3.º y 4.º
Roma, Nápoles 81

Viaje a Italia 5.º
Nápoles, Roma, Florencia, Bolonia 151

Viaje de Italia 6.º
Ferrara, Verona, Vicenza, Padua y Venecia 177

Viaje de Italia 7.º	
<i>Venecia, Ferrara, Bolonia, Niza, Mahón</i>	211
Viaje de Italia 8.º	
<i>Génova, Turín, Milán, Mantua, Florencia, Roma</i>	267
Viaje de Italia 8.º, 2	
<i>Roma</i>	327
Apéndice al Cuaderno n.º 71	347

Viaje a Italia 1.º

*Dover, Ostende, Bruselas, Colonia, Fráncfort,
Friburgo, Schaffhausen, Zúrich*

De Londres a Dover¹ setenta millas; se halla primero a Rochester, después a Canterbury, ciudades considerables; la última, famosa por su Universidad y su obispo, Santo Tomás Cantuariense. Buen camino acercándose a Dover, pocos árboles, muchos pastos, tierra quebrada que continúa así hasta el mar. Dover, ciudad de bastante población y tráfico con un puerto muy concurrido de navíos mercantes, pero de muy poco fondo, tanto que los paquebotes tienen que esperar la alta marea para fondear dentro dél. La ciudad es de forma muy fea e irregular, aunque no deja de tener casas muy buenas entre muchas viejas y de mala construcción, no goza de otra vista que la del mar, por estar cercada de montes por parte de tierra. En la altura de uno de ellos se ve el antiguo castillo, muy grande y bien conservado, que domina el puerto, la ciudad y el mar. Es digna de atención la construcción física de los montes que rodean a Dover y en ninguna parte he visto masas tan enormes de depósitos marinos. Todos ellos son calizos, pero sin la menor mezcla de otras tierras; el embate del mar ha arruinado gran parte de ellos, dejando un corte perpendicular

¹ Sabemos que el inicio del viaje fue el día 5 de agosto de 1793. En adelante, el número que abre los párrafos indica el día del mes de la anotación. (*Todas las notas son de los editores*).

donde no se ve ni una capa siquiera que interrumpa la tierra, y piedra caliza blanquísima de que se componen. Desde Dover se ve sin auxilio de antejo la costa de Francia y la ciudad y castillo de Calais.

6. Antes de llegar a Dover hallamos un carro con un grande ataúd en que llevaban a Mister..., coronel inglés muerto de un balazo en el sitio de Valenciennes, que iba a buscar la fama póstuma por medio de un epitafio al rincón húmedo y oscuro de una capilla.

7. Viento contrario. Me divierto en ver embarcar para Ostende clérigos y exfrailles franceses desaliñados, puercos, tabacosos, habladores; tan en cueros como el día en que llegaron y tan a oscuras de lengua inglesa, al cabo de dos años, de manosear el diccionario como la madre que los parió y repitiendo para su consuelo aquello de «¡quomodo cantabimus canticum novum in terra aliena!».² Todos ellos iban cargados con sus breviarios y todos muy persuadidos de que lo mismo es tomar los alemanes a Condé y Valenciennes que tomar ellos sus conventos y hallar prontas la refección y la botella en sus profanados refectorios. Detiéndose mi marcha, al anochecer tempestad.

8. Buen viento, pero el diablo lo enreda de manera que me quedo todavía en Dover. Reniego, me harto de tabaco y me meto en la cama.

9. Salgo, en fin, a las diez y media de la mañana en un paquebote. Buen viento, mucho miedo, llego a las cinco de la tarde a Ostende. Calles anchas, limpias y bien empedradas, las casas nuevas que hay bastantes, particularmente cerca del puerto, muy buenas; las antiguas, mezquinas y ridículas. Nuestros ve-

² Salmo 136, 4.

nerables abuelos no fueron los más duchos en esto de proporciones y belleza simétrica. Buen puerto con muchos y grandes navíos; en una de sus orillas, hay una especie de veleta dorada con el escudo imperial, puesta sobre un palo muy alto y abajo un pedestal con esta inscripción: «Ob laetum Austriacum anno MDCCXC reditum, studio et amore prius erectam, dein ut impiis regicidisque salvetur manibus, furtim abditam, sacrilegis jam expulsis, aquilam hanc ex voto piscatores denuo ponunt die XIX Calendarum Maji MDCCXCIII». He dicho que la citada inscripción está en un pedestal; pero como este no es de pórvido, piedra granadina ni otra materia durable, sino de lienzos pintados sobre un armazón de madera, me pareció de absoluta necesidad copiarla, temeroso de que al volver dentro de media hora la hallase enteramente destruida por el tiempo devorador.

10. Salgo a las cuatro y media de la tarde para Brujas y emprendo mi viaje por un canal como tres veces más ancho que el de Manzanares. Hermosa llanura a un lado y otro, regada por mil partes con sus aguas, cultivada perfectamente, abundante en mieses, prados y arboledas, con muchas poblaciones y caseríos. No hallé barcos de transporte en todo el camino, lo que me hace creer que si una obra tan costosa y magnífica como aquella ha producido ya ventajas considerables a la agricultura, aún falta que proporcione a la industria y al comercio las muchas que de ella deben esperarse. Tuve la felicidad de hallar en la barca dos religiosos capuchinos, encuentro que me llenó de consuelo, puesto que en el espacio de un año, ni en Francia ni en Inglaterra, vi otros que los que sacan al teatro para hacerlos servir de ludibrio entre la profana mosquetería. En este país por el contrario son respetados como es razón y los dos que iban en la barca los hallé muy gordos y fornidos, prueba de que en Flandes hay fe y temor de Dios. En dos horas con viento favorable llegamos a Brujas, distante cuatro leguas de Ostende.

Es ciudad grande y su caserío conserva el antiguo carácter de la construcción flamenca, las fachadas de las casas rematan todas en un triángulo muy agudo, con unos escaloncillos laterales como para colocar en ellos tientos o santos, de modo que mirando una fila de casas parecen por la parte superior empalizadas de trinchera o una guarnición de zagalejo con tantos picachos y recortaduras. Las calles son bastante anchas, llanas y limpias; hay una plaza con un grande edificio moderno de buen gusto, aunque parece mejor de lo que es por el cotejo de los demás. En una casa antigua vi sobre la puerta las armas de España. Un viajero observador halla en Flandes no pocos monumentos de nuestra antigua dominación y lo primero que me dio en los ojos fueron las capas y las mantillas. ¡Extraña diferencia de estilos! En Inglaterra no se ve ni un Cristo, ni una Virgen, ni un Santo en sus iglesias, que parecen habitaciones sin inquilinos; y en Flandes los Cristos, las Vírgenes y los Santos se revierten de las iglesias, salen a los cementerios y adornan las puertas de las casas y los esquinazos en las calles y plazas públicas.

11. A las cinco salí en posta. El camino hasta Bruselas muy ancho, con arboledas continuas a un lado y otro y empedrado, lo que al principio parece lujo y ha sido necesidad en atención a que todo el terreno es de arena menudísima como el de Las Landas de Burdeos con la diferencia de que sobre esta arena hay una capa de tierra vegetal y en ella un hermoso jardín, que no otra cosa parece todo cuanto alcanza la vista, árboles, mieses abundantes, prados y bosques deliciosos, todo regado por medio de canales y acequias en términos que con respeto al cultivo nada debe este país a lo mejor de Inglaterra. Hay mucha población y bien repartida, los lugares por donde se atraviesa son espaciosos, limpios y alegres. Gante dista nueve leguas de Brujas, es ciudad grande, tiene muchos edificios modernos, muchos canales que la dividen en varias islas y sus contornos llenos de amenidad y hermosura. Buena posada, ex-

celente comida, mucha hambre y un dolor de muelas que no me permitió hincar el diente, imperfecta máquina es la del hombre, sin embargo es la mejor que conozco.

De Gante a Bruselas hay diez leguas, los campos igualmente hermosos que los anteriores y el terreno más quebrado en las inmediaciones de esta última ciudad. Llegué a ella al anochecer. Las sillas de posta muy malas, los caballos de malísima figura pero muy corredores.

12. Paseo por la ciudad. Su piso es muy desigual con calles torcidas de mediana anchura, los edificios antiguos casi todos están jalbegados con yeso y a otros les han desmochado la parte superior poniéndoles cornisamento horizontal, de manera que carecen de aquella lúgubre y respetable antigüedad que tienen los de Brujas. Hay muchos modernos y estos son enteramente a la francesa. En la parte más elevada de la ciudad está el paseo que llaman el Parque, muy espacioso y alegre, bastante parecido al Retiro aunque le lleva la ventaja de estar muy adornado con grupos, estatuas, términos, bustos... No tiene fuentes y acaso es lo único que le falta. Hay dentro de él un café magnífico que consiste en un gran salón decorado con buena arquitectura, e inmediato a él varios gabinetes muy graciosos, juegos de billar y un pequeño teatro donde representan piezas ligeras de música y declamación. ¡Cuándo se verá en Madrid esta reunión de placeres que son tan necesarios para entretener el ocio de una corte!

Este paseo puede acaso competir con las Tullerías y es infinitamente superior al triste, monótono y desaliñado Parque de Saint James. Cerca dél está la Plaza Real, obra moderna que consta de ocho edificios separados iguales y entre ellos hace frente el gran pórtico de la Abadía de Caudenberg, donde hay una bonita iglesia de orden corintio, seria y de buen gusto. Hallé en medio de la plaza, tendida sobre una cureña, la estatua pedestre de bronce del Príncipe Carlos de Lorena, que había estado colocada sobre un pedestal y los *sans-culottes*

la habían derribado aunque felizmente pudo escapar de sus manos sin considerable mutilación, y trataban de volverla a poner en su puesto. La que llaman Plaza Mayor es un conjunto de edificios cargados de adornos ridículos y sin gusto, pero la Casa de Ayuntamiento, obra gótica, es cosa de mérito en su línea, particularmente una gran torre que tiene en medio, sumamente delicada y ligera. En una de las casas de esta plaza había varias estatuas de los Duques de Brabante, incluso nuestros Reyes Austriacos, en otras bustos o estatuas de generales o gobernadores de estas provincias; en otra un trofeo dedicado a Carlos II con su retrato en medio, pero todo pereció a manos de los franceses cuando ocuparon esta ciudad. Así, en estas casas, como en otras que se hallan a cada paso, hay muchos pedazos dorados, capiteles, basas, festones..., y una que hay en dicha plaza más parece un altar que un edificio público.

Las iglesias, en general, están muy cargadas de adornos y rebosan de santos y cuadros, los confesionarios son magníficos con figuras en sus portadas que representan virtudes, santos o ángeles colocados como cariátides a un lado y otro; en los púlpitos sucede lo mismo, y el de la Iglesia Mayor es cosa digna de verse. Ponz habla de él en su viaje fuera de España.

Pero lo que me admiró más que los púlpitos, los confesionarios, el parque ni los edificios fue el hallar por las calles unos carros pequeños de a dos ruedas, tirados por perros y en verdad que no era un juguete puesto que cada carro llevaría una carga mayor que la que puede conducir a lomo un borrico. Los perros iban uno al lado de otro a modo de las cuadrigas romanas; un carro llevaba tres perros colocados en la forma dicha y otro me acuerdo que tenía cuatro con uno delante, como las mulas periconas de los coches de colleras. Ahora expresar debidamente la cara que ponían los infelices animales, lo que ellos jadeaban, la espuma que vertían y la inquietud de su cola y de su lengua, es empresa reservada a más docta pluma.